**Celebración comunitaria para la inauguración**

**del Año de la Vida Consagrada**

Motivación y presentación de símbolos

 ***“Alegraos...”- Carta a los consagrados y consagradas hacia el año dedicado a la vida consagrada***

***Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica***

Queridos hermanos y hermanas: “La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría”.

*Presentación del Evangelio…*

**Magnificat, Magnificat. Magnificat anima mea, Dominum.**

**Magnificat, Magnificat. Magnificat anima mea (2)**

La vida consagrada está llamada a encarnar la Buena Noticia, en el seguimiento de Cristo, muerto y resucitado, a hacer propio el «modo de existir y de actuar de Jesús como Verbo encarnado ante el Padre y ante los hermanos. Asumir en concreto su estilo de vida, adoptar sus actitudes interiores, dejarse inundar por su espíritu, asimilar su sorprendente lógica y su escala de valores, compartir sus riesgos y sus esperanzas: «guiados por la certeza humilde y feliz de quien ha sido encontrado, alcanzado y transformado por la Verdad que es Cristo, y no puede dejar de proclamarla».

*Presentación de toalla y jofaina…*

**Magnificat, Magnificat. Magnificat anima mea, Dominum.**

**Magnificat, Magnificat. Magnificat anima mea (2)**

Permanecer en Cristo nos permite acoger la presencia del Misterio que nos habita y hace que se dilate el corazón a la medida de su corazón de Hijo. El que permanece en su amor, como el sarmiento está unido a la vid, entra en la familiaridad con Cristo y da fruto: ¡Permanecer en Jesús! Se trata de permanecer unidos a Él, dentro de Él, con Él, hablando con Él.

*Presentación de un cirio…*

**Magnificat, Magnificat. Magnificat anima mea, Dominum.**

**Magnificat, Magnificat. Magnificat anima mea (2)**

+ Himno: Que se alegren tus entrañas

 ***Is 60,19-22 / A todos los pueblos – Ain karem***

**Que se alegren tus entrañas, ten alegre el corazón.**

**Tu luz perpetua es el Señor, y tu Dios será tu resplandor (2)**

Descansa en la certeza de que el Señor es tu luz.

No se pondrá nunca el sol sobre tus días, ni tu luna se oscurecerá.

El luto y el llanto han cesado, han cesado..

Anuncia la bondad del Señor, que te llamó de la oscuridad a la luz.

Alégrate confiada, porque nada de lo humano le es ajeno.

Su presencia serena y firme purifica, restaura, sana, sana…

Ensancha el corazón, conocerás los frutos del amor:

del compromiso por la justicia, brotarán lazos de fraternidad.

El Señor lo hará con prontitud y amanecerá la humanidad reconciliada, reconciliada…

+ Momento de ofrecimiento personal

+ Oración comunitaria: Credo de la Vida Religiosa

***Hna. Mercedes Leticia Casas Sánchez, F.Sp.S. Presidenta de la C.L.A.R.***

***P. Gabriel Naranjo Salazar, C.M. Secretario General de la C.L.A.R.***

*Proclamado pausadamente…*

**Caminad, mientras tenéis luz, antes que os envuelva la tiniebla. Caminad (2)**

Creo en la belleza de nuestra Vida Consagrada, porque surge y se renueva continuamente de la Fuente del Espíritu, porque ha surgido del Corazón del Padre que nos ha llamado a seguir a su Hijo Jesucristo, para construir su Reino, para apasionarnos por su misma pasión: “que todos los hombres (y mujeres) se salven, y lleguen al conocimiento de la Verdad”.

Creo en su belleza porque hace que personas como nosotros, vivamos con “Luz en los ojos, Palabra en los labios y Fuego en el corazón”, es decir, porque la gracia de nuestra hermosa vocación nos da una nueva mirada, una nueva palabra, una nueva pasión.

Creo en su belleza porque quién como ella sabe “acompasionarse”, mirar con pasión y compasión la realidad sufriente, que escucha con respeto a cada persona, se interesa sinceramente por el bien de cada una, sabe estar ahí donde pocos llegan, porque cuida de la vida con ternura, con entrega, con perseverancia, aunque esto suponga la entrega de la propia vida, hasta la misma muerte.

Creo en su belleza porque he visto tantos rostros de religiosas y religiosos desgastados por los años, por la enfermedad, pero plenos de luz y de felicidad, rostros convencidos que aquí no lo han visto todo, porque “el ojo no puede ver, el oído no puede escuchar, la mente no puede pensar” lo que nos prepara Su Amor. Rostros crucificados, muy parecidos al de Jesús, porque han corrido con fortaleza “la prueba” con los ojos fijos en Él, “el Autor y consumador” de su Fe. Y dicen que nos vamos pareciendo a lo que contemplamos.

Creo en su belleza, en la belleza de una mujer y de un hombre enamorados de Dios, y por lo mismo, enamorados de la humanidad, de la creación; belleza inigualable, que se gesta en el silencio orante, fiel, perseverante, en esa capacidad de cuidar el amor, el corazón, para que el fuego no se apague y el amor se mantenga vivo y fecundo.

Creo en esa belleza de la Vida Consagrada, que no es de pasarela, sino que va a pie de calle, cotidiana, oculta, pequeña, muchas veces envuelta en modestia, polvo, barro, piel ajada, pies partidos…

Creo en la belleza de la alegría de quien vive libre y dándose, de quien tiene por consigna servir al estilo de Jesús, lavando los pies de cada persona, y que conjuga tan bien el hecho de estar ya sea en una cátedra así como sirviendo la mesa de su comunidad, que puede sumergirse en las grandes teologías y al mismo tiempo entender lo pequeño y cotidiano como lugar teológico.

Creo en la belleza del vivir en comunión, de una Vida Religiosa tan humana que se ejercita continuamente en el perdón, en la tolerancia, en el salir de sí, pues lleva “este Tesoro en vasos de arcilla”. Creo en la belleza de esta familia que tiene la consanguineidad del Espíritu, y que por eso, la casa donde mora es toda de fuego, es de caridad, es de humanidad.

Creo en la belleza de la Vida Consagrada, no en aquella encerrada en sí misma y alejada, sino esa belleza que está atenta al mundo, al cosmos, a cada persona humana, para estar evangélicamente, oportunamente, acompañando sus gozos y sus penas, sus noches y sus días, sus luchas y logros, y hasta cambiando y moviéndose de sus lugares para encarnar el amor solidario.

Creo, en la belleza de hombres y mujeres que están como centinelas, alertando en la noche la desesperanza, y adelantando el amanecer con su confianza inamovible en el amor de Dios, con su optimismo evangélico, con su certeza de que Dios camina a nuestro lado y que sigue asumiendo y tomando por su cuenta la suerte de los pobres y de todos los que en Él han puesto su confianza.

Creo en la belleza de la Vida Religiosa que camina como discípula y misionera, que no da paso sin escucha atenta a la Palabra, que se desinstala de sus seguridades, que está dispuesta a cambiar, en cuanto el Espíritu se lo inspira, sus “cómo” y sus “dónde”, con fidelidad creativa, recreando su misión y su carisma, llevada por el soplo del Espíritu.

Creo en la belleza de la Vida Religiosa capaz de hacer felices a tantas y tantos jóvenes que han encontrado en ella su casa, su espacio ecológico, donde se respira evangelio, mística y profecía, Dios y humanidad.

Creo en su belleza porque se parece a Betania cuando recrea el encuentro, la amistad, las lágrimas de Jesús, la escucha de María, la hospitalidad de Martha, el perfume del amor donado hasta romperse.

Creo, por fin, en la belleza de su inquebrantable esperanza, al seguir de pie en medio de incertidumbres, descalificaciones, debilitamientos, pobrezas, disminución, fragilidad, porque sabe muy bien “en quien tiene puesta su confianza y que Aquél que ha iniciado la obra no la abandonará”.

**Caminad, mientras tenéis luz, antes que os envuelva la tiniebla. Caminad (2)**

+ Ecos comunitarios…

+ Padre Nuestro

+ Oración final: Madre del Evangelio

***Papa Francisco***

Estrella de la nueva evangelización,

ayúdanos a resplandecer en el testimonio de la comunión,

del servicio, de la fe ardiente y generosa, de la justicia y el amor a los pobres,

para que la alegría del Evangelio llegue hasta los confines de la tierra

y ninguna periferia se prive de su luz.

Madre del Evangelio viviente, manantial de alegría para los pequeños,

ruega por nosotros.

Amén. Aleluya.